

LA GITANA

Un cuento infantil para adultos

En un fértil valle situado en un rincón de un lejano mundo, rodeados por espesas selvas tropicales que hacían aparecer al mundo exterior casi inalcanzable, existían dos reinos, ambos prósperos y pacíficos. Las familias que los regían eran amigas y aliadas desde tiempo inmemorial, una política no muy común entre vecinos cercanos, pero que hasta el presente había tenido éxito. Las buenas relaciones se mantenían sin haber tenido jamás, ni el uno ni el otro, que hacer uso de una cláusula en uno de los tratados con que los remotos antepasados sellaron eterna paz, la que estipulaba que si uno de los reyes, pasado los sesenta años de edad no tenía descendientes varones, su reino pasaría a ser propiedad de su vecino. Nunca en la historia de ambos reinos había ocurrido que faltase un descendiente varón, ya fuera en el Reino del Sur, o en su vecino el Reino del Norte, y la dichosa cláusula estaría seguramente olvidada, sino fuera porque Zarim el Astuto, el sultán que regía el reino situado al norte del valle, un rey amado y respetado por sus súbditos se encontraba presentemente enfrentado a este dilema. Le faltaba poco más de un año para alcanzar los sesenta y había casi perdido las esperanzas de tener un heredero varón. A Salthar el Desafiante, rey del Sur, le agradaba mucho el problema de su vecino. Era algunos años más joven que Zarim y a pesar que tampoco tenía un descendiente varón, sólo una hijita recién nacida, Mara, de nombre, pensaba que si al cumplir el mismo los sesenta años ya se había apropiado del reino del Norte formando con el suyo un solo reino, no había razón ni motivo para recordar añejos tratados. Así pasaba el tiempo para Zarim y sus súbditos: ruegos a los dioses, peregrinaciones al Monte Sagrado y grandes oraciones públicas, pero nada de lo esperado sucedía. Sin embargo, parece que un buen día los dioses se compadecieron y, dando finalmente respuesta a las súplicas del sultán y a las de sus súbditos, le concedieron el don de engendrar un hijo varón con su esposa favorita. Podría ser que un joven médico traído de un país vecino para administrarle secretas medicinas que acrecentaran su potencia y le devolvieran sus fuerzas juveniles haya tomado mano, o alguna otra cosa, en el asunto, pero no deseamos entrar en suposiciones que puedan escatimar la virtud de Lara, la esposa favorita del sultán, una bella mujer y muchísimo más joven que él. Lara dio a luz a su debido tiempo a Xoran, un precioso varoncito que hizo la felicidad del viejo sultán y de sus súbditos, ya que estos no deseaban por nada en el mundo tener como rey a Salthar, quien tenía alguna fama de déspota y de despilfarrador de los fondos públicos. Xoran creció mimado y admirado por todos y se convirtió con el tiempo en un muchacho bien parecido, alegre y simpático.

Cuando Xoran era sólo un bebé el sultán, claro está sin consultarlo, concertó su casamiento con Mara, la hijita de Salthar nacida un año antes que él, ya que Zarim el Astuto, al igual que hacía su vecino Salthar, tenía secretas ambiciones de formar un solo reino con los dos actuales y contaba también con la posibilidad de que Salthar llegara a los sesenta sin un descendiente varón. Tomó este paso pensando que sería mejor, en todo caso y para evitar problemas que la cosa quedara en familia y Salthar lo aceptó.

Con el correr de los años la princesita llegó a ser una bella mujer, inteligente y amable, aunque algo dominante. No le había nacido un hermano por lo que Zarím estaba ahora seguro que una vez celebradas las nupcias de la princesa Mara y de su hijo Xoran, ese reino le pertenecería de nuevo a él.

Sin embargo, para desesperación del viejo sultán, Xoran no se interesaba en absoluto en casarse. Para decir las cosas francamente parecía no interesarse para nada en el sexo femenino y no se sabía que tuviera relación alguna con ninguna de las esclavas importadas de todas las esquinas del mundo que su padre había colocado a su disposición y que languidecían en el harem esperando que el príncipe convirtiera a una de ellas en su favorita, o que se acostara con alguna de ellas, por lo menos.

No era tampoco que estuviera interesado, o que tuviera relaciones con alguno de los jóvenes y bellos esclavos que estaban a su servicio. No, no era eso.

Xoran vivía en un mundo aparte donde fuera de la música, (tocaba varios instrumentos divinamente), de la equitación y de la cacería, no existían para él otras diversiones.

Así pasaba el tiempo, Xoran en expediciones de caza o ensayando, ya sea con otros músicos o solo en sus aposentos, nuevas canciones que tocarían durante alguno de los festejos patrióticos o religiosos, que eran muchos en el reino; el sultán por su lado, desesperando y temiendo que Dios lo llamaría antes de haber realizado su gran deseo de anexarse el reino vecino, lo que como sabemos, pensaba conseguir a través de las nupcias de la princesa Mara con su hijo.

En ocasión de una de las innumerables fiestas con que el sultán mantenía a su pueblo feliz y contento, llegó a la ciudad mayor del reino un pequeño grupo de músicos. Con ellos venía Sora, una bella mujer que danzaba y cantaba con extraordinaria gracia.

Llegaron a oídos del sultán tantas alabanzas, tantas loas y encomios de la belleza y gracia de Sora, que no resistió más y la hizo llamar para que viniera al palacio a deleitarlo a él y a su hijo con sus danzas.

Sora obedeció prontamente y acudió al palacio acompañada por sus músicos, dispuesta, como era su costumbre, a conquistar al viejo rey para obtener de él el máximo de oro y joyas en pago de su arte y de sus encantos.

Pero no fue el sultán al que atrapó en sus redes, como era su intención, sino al joven e inexperto Xoran, quién se enamoró locamente de la cortesana.

Sorprendido al ver como la pasión hacía presa de su hijo, de costumbre tan indiferente a las mujeres, se

dijo el buen sultán que el mejor remedio para apagarla era satisfacerla y sin enterar a Xoran de su idea, entregó a Sora una fuerte suma de dinero para que le enseñara a su hijo todas las artes de la pasión carnal, y así, encaminado ya en el sendero del amor y saciado de la gitana, decidiera casarse con Mara. Para eso, el sultán estableció como firme condición que Sora abandonaría el país sin otras pretensiones apenas su pupilo fuera debidamente iniciado y se mostrara presto a desdeñar hasta una partida de caza a cambio de gozar unas horas en el lecho de una bella mujer.

Sora, que no solo era hermosa sino inteligente, aceptó la propuesta del rey sin recatos. En primer lugar porque no sentía por el joven Xoran ningún interés, y además porque sabía que aunque permaneciera a su lado, no podía aspirar a nada, fuera de convertirse en su concubina, una esclava encerrada y olvidada en el harém, tan pronto como el príncipe se desposara con una mujer digna de él.

Es posible que si Xoran hubiera tenido ya experiencia sexual, hubiera desdeñado a la gitana tan pronto como hubiera satisfecho su deseo, pero como aprendiz en el terreno del amor, se imaginó que Sora se le entregaba enamorada y su pasión se acrecentó de tal modo que, al cabo de unos días, le anunció su intención de tomarla por esposa.

Sora, aterrada al oír las palabras de Xoran y, sintiendo ya en su cuello el helado filo del hacha que le separaría la hermosa cabeza del cuerpo si la culpaban de hechizar al hijo del sultán, se alejó de su amante con un pretexto cualquiera para correr donde el sultán a revelar lo dicho por su hijo y a protestar su inocencia.

El sultán la tranquilizó y dándole joyas y dinero le ordenó que calladamente abandonaran el país esa misma noche ella y sus músicos.

En seguida hizo llamar a su hijo al que propuso acompañarle a una partida de caza que tomaría lugar de inmediato y donde, debido a su avanzada edad, su hijo debía secundarlo.

Xoran aceptó de malas ganas la invitación, accediendo sólo por respeto y por no disgustar a su padre, ya que no quería separarse de Sora ni por un momento.

Fue a despedirse de ella, pidiéndole que excusara el capricho de su padre y diciéndole que a su regreso anunciarían oficialmente la boda. La abrazó casi llorando de pena por tener que ausentarse y partió luego con el sultán y un número de acompañantes.

Estuvieron dos días ausentes y tan pronto como volvieron al palacio corrió Xoran a sus aposentos para reunirse con su amada.

Al no encontrarla y enterarse que Sora había abandonado el reino la misma noche de su partida le pareció sentir que las venas se le vaciaban de sangre. Una negra nube le ofuscó la visión y cayó al suelo como muerto.

Entre lamentos de todos los presentes fue llevado a su lecho donde quedó inerte, ajeno a todo lo que lo

rodeaba.

Permaneció esa noche en su habitación, restableciéndose pero sin querer hablar con nadie, hasta que por la mañana, de improviso y haciendo caso omiso de los consejos de los médicos y sin atender tampoco a las razones de su padre, ordenó ensillar su caballo favorito y partió solo, sin aceptar compañía de esclavos o soldados, en persecución de su amante.

Galopó como un poseído hasta que el sol se ocultó tras el horizonte y sólo se detuvo cuando el caballo, extenuado, no pudo dar un tranco más.

Quiso golpearlo con la fusta y enterrarle las espuelas en los ijares para obligarlo a continuar, pero al ver la espuma que le brotaba del hocico y los ojos blancos y dilatados de su potro favorito, se apiadó de él y calmado su frenesí se apeó de la bestia. Le palmoteó el cuello y le habló para calmarlo. Luego, cogiendo las riendas comenzó a caminar guiándolo a través de la fronda espesa.

El camino se tornó en una estrecha senda bordeada de altos árboles por la que caminaban a duras penas él y su caballo, luchando contra un fuerte viento que agitaba furiosamente las ramas del bosque y les dificultaba el avance.

Al cabo de un largo trecho de camino, vio el muchacho que sobre la senda yacía un inmenso árbol tumbado por el viento y que algo se debatía entre las ramas del árbol derribado, tratando de escapar.

Separando las ramas, vio que era un zorro que yacía aplastado por una gruesa asta, tal vez malherido.

Xoran cazaba también zorros, pero él era un cazador noble que cobraba sus piezas de manera digna, con el arco y la flecha o la afilada lanza, y por esto, el único sentimiento que experimentó ahora fue compasión por el infortunado animal.

"No me muerdas," le dijo, "Quiero ayudarte."

El zorro lo miró y gimió suavemente, lo que Xoran interpretó como una señal afirmativa.

Sacando la espada que llevaba al cinto comenzó a cortar con gran esfuerzo las ramas que aprisionaban al zorro.

Al terminar la larga faena, se secó el sudor que le brotaba a chorros de la frente y le dijo al animal que yacía inmóvil: "Estás libre, zorro, puedes marcharte. Yo seguiré cortando estas varas para abrirle paso a mi caballo."

El zorro se paró algo vacilante y le lamió las manos. Luego lo miró diciéndole: "Xoran, no me has desengañado. Has demostrado tu carácter bueno y generoso perdiendo horas de tu precioso tiempo para salvar la vida de un humilde zorro, en vez de ignorarlo, o de matarlo, como harían otros...

No soy un zorro, ni mi vida estaba en peligro. Soy el mago de la foresta y me agrada poner a prueba a los humanos que llegan a estos apartados lugares. A los malvados y cobardes los convierto en algún bicho asqueroso, a los buenos y generosos como tú les concedo un deseo, sea cual fuere...

Dime ¿Cual es tu deseo?"

Xoran, que había escuchado este discurso con una expresión de estupor en su semblante, sólo pudo balbucear: "E...E...Encontrar a Sora."

"¡Concedido!" gritó el mago, y con un ligero trotecillo desapareció en el espeso follaje de la selva.

Xoran trató de seguirlo para convencerse de que era realidad lo que vivía, pero se sintió tan terriblemente cansado que no pudo dar un paso más y, tendiéndose junto al tronco, fue prontamente vencido por un profundo sueño.

Al despertar se encontró recostado sobre la blanda hierba al borde de un lago de aguas claras y frescas. Grandes árboles se mecían suavemente al impulso de una tibia brisa reflejándose en las quietas aguas. Posados en las frondosas ramas pájaros multicolores llenaban el aire con una algarabía de trinos y gorjeos, mientras otros revoloteaban alegres sobre los macizos policromos de exóticas flores que engalanaban la ribera.

La brisa, perfumada por la fragancia de las flores, jugaba con los cabellos del joven y acariciaba sus sienes con suaves dedos de amante.

Xoran sintió sed y arrodillándose sobre la ribera, bebió del cuenco de sus manos las aguas cristalinas.

En el espejo del lago apareció de pronto una imagen junto a la suya, una imagen adorada: "¡Sora, Sora!" gritó irguiéndose "¿Eres tú? ¿De veras?"

Sora le cogió dulcemente de la mano: "Ven, amor mío, te esperaba."

Embriagado por su presencia, Xoran la siguió en silencio, callando las preguntas que bullían en su mente.

Tomados de la mano siguieron una senda que serpenteaba entre los árboles floridos y las tupidas enredaderas plenas de capullos. Pasaron puentecillos de plata tendidos sobre arroyos de aguas cantarinas y jugando metieron los pies desnudos en fuentes donde se agitaban peces de oro y escarlata.

Caminaron hasta encontrarse frente a las puertas de un inmenso castillo adornado con finas columnas y puntiagudas torres.

"¿Quién vive aquí?" preguntó Xoran.

"Nosotros," contestó Sora, con una radiante sonrisa.

Las macizas puertas se abrieron por sí solas mostrando una vasta sala de inmensos ventanales iluminados por el sol. Exquisitas alfombras cubrían el suelo y de las paredes pendían exóticos tapices que mostraban escenas de mundos desconocidos.

Al entrar los amantes a la sala se oyeron acordes armoniosos de cítaras y laúdes tocados por músicos invisibles y al compás de esa música lejana la luz del sol que penetraba los ventanales comenzó a atenuarse lentamente hasta apagarse por completo. Las macizas puertas se cerraron y antorchas rojas y doradas se encendieron en los muros.

"Ven a mí, mi amor" le dijo Sora, refugiándose en los brazos del joven.

Xoran, abrazándola, buscó los labios que se le ofrecieron ansiosos. La lengua ardiente de Sora penetró en su boca haciéndolo encenderse. Sora era una hoguera en la que Xoran dichoso se abrasaba.

Se desnudaron y se tendieron sobre las pieles que los acogieron gratamente.

Bebiendo de su boca, Xoran la penetró salvajemente. Las piernas de su amante se enlazaron sobre sus nalgas obligándolo a hundirse aún más en ella, mientras Sora trazaba con sus uñas surcos sangrientos en la espalda del muchacho.

El placer de ambos era el agua rugiente de una presa rota. Un torrente profundo, avasallador que los arrastraba hacia el orgasmo liberador que eleva el alma a las estrellas. Y luego, como el agua que vuelve a su cauce, la dulce calma, la deliciosa somnolencia del amor satisfecho.

Los amantes yacen ahora quietos, los cuerpos entrelazados, confundidas las respiraciones, esperando que retorne el fuego erótico para amarse de nuevo, tiernamente, salvajemente.

Sus cuerpos se entrelazan una y otra vez hasta que mueren las antorchas de los muros y los rayos del sol penetran nuevamente por los ventanales. Sólo entonces se duermen, felices, en un agotamiento delicioso.

Pasan así días maravillosos. La felicidad de Xoran es sublime, infinita.

Los amantes pasean cogidos de la mano por los jardines del parque fabuloso, gozando del sol, del canto de los pájaros y del perfume de las flores. A menudo se tienden sobre la hierba junto a una de las fuentes donde nadan los peces de oro y de grana. Allí se desnudan, nadan junto a los peces y luego se aman con locura, como si fuera la primera vez.

Sora es todo para Xoran: su mundo, su sol, su agua y su aire.

Aunque recuerda el mundo que existe en otro sitio, allende el parque, no desea recordarlo. Su felicidad en este lugar es absoluta.

"¿Y tú, Sora, eres tan feliz como yo?" pregunta un día, confiando en un sí sin condiciones.

"Sí, Xoran, lo soy, pero podría serlo aún más."

"¿Cómo, dime cómo, para complacerte?"

"Mi pena es que vivimos tan solos, tan alejados de todos. ¿Me dejarías que invitara mis amigos a visitarnos?"

"¿A visitarnos? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿No te basta conmigo?"

"Oh, sí, Xoran. Tú eres todo para mí."

"Y tú para mí. No quiero ver a nadie. ¡A nadie! ¡Sólo a ti!"

"Sí, Xoran, como quieras."

Pero desde aquel instante, Sora ya no es la misma. Ya no regala los oídos de Xoran con su risa alegre ni quiere hacer el amor sobre la fresca hierba. Se queda absorta pensando en no sé que y busca pretextos

para estar sola.

Perdido, anonadado, Xoran capitula: "Invita a tus amigos, Sora."

Sora lo besa y bate las palmas de alegría. Esa noche se aman con el amor de las primeras noches.

Al día siguiente los invitados llenan las salas del castillo.

Es una fiesta mágica, multicolor y exótica: Princesas y monstruos, brujas, magos y doncellas se pasean por los aposentos y jardines, beben y bailan en la inmensa sala o hacen el amor sobre las pieles en los rincones quietos. Música, risas, gritos, charlas y jadeos de placer colman el aire de todas las estancias.

Xoran busca a Sora.

Cree divisarla a la distancia, en un grupo de colombinas, pero al aproximarse, el grupo se disuelve, desaparece. De las colombinas quedan sólo sus risas en el aire.

Reconoce a su amada en una princesa enmascarada. La coge de la mano, pero ella se suelta juguetonamente, y riendo se escapa, escondiéndose entre la multitud.

La deja ir porque el sonido de su risa le revela que no es Sora.

De pronto oye su voz, muy clara, muy cercana.

Se vuelve en esa dirección, pero la espesa multitud se le interpone. Trata tenazmente de abrirse paso entre los dragones, unicornios, caballeros errantes y princesas cautivas.

Monstruos descomunales que bailan con sirenas le obstruyen el camino. Los aparta, al principio suavemente, luego con desesperación. Los monstruos le miran burlonamente y las sirenas riendo le preguntan: "¿A dónde vas, Xoran?"

Y cogiéndole las manos le dicen: "Ven, baila con nosotros."

Xoran las rechaza y continúa abriéndose paso, pero en el momento que cree alcanzar el sitio de donde procede la voz, ésta se extingue, para reaparecer, un instante después, en otro sitio.

Al avanzar en esa nueva dirección se ve bruscamente rodeado por un grupo de esqueletos que saltan grotescamente haciendo castañetear sus huesos.

Horrorizado se lanza brutalmente sobre los más próximos, buscando una salida. Los esqueletos entrelazan sus brazos formando una cadena contra la que Xoran magulla inútilmente sus puños y su cuerpo.

Rendido cae al suelo. Los esqueletos bailan una ronda en torno a él, haciendo gestos estafalarios y cantando socarronamente al compás de los huesos que se entrechocan:

"De una preciosa ramera

"Un galán enamorado

"Piensa iluso que su amor

"Todo recuerdo ha borrado

“Del burdel

“Y no sabe el infeliz

“Que las rosas perfumadas

“Aún en jarro de plata

“Siguen amando el estiércol

“Del vergel

"¡Callaos, callaos!" gritó Xoran, despavorido. "¿Por qué cantáis esa canción?"

"Para hacerte recordar," contestó uno de los esqueletos.

"Para hacerte pensar," dijo otro haciendo una macabra reverencia.

"¿Sabéis donde está Sora?" inquirió Xoran.

"Sí, lo sabemos," contestaron en coro. "Queremos llevarte donde ella."

"¡Llevadme, pues! ¡Mi único deseo es verla!"

Los esqueletos prorrumpieron en burlonas carcajadas.

Luego, uniendo sus huesudas manos bajo el cuerpo del muchacho, lo levantaron en vilo y, atravesando el techo, se elevaron con él en el aire.

Desde la altura se veía el castillo como si fuera hecho de cristal. Xoran podía ver cada sala, cada aposento, cada corredor.

"¡Mira en cada rincón! ¡Búscala!" le exhortan sus tétricos acompañantes, "Cuando la encuentres podrás reunirte con ella."

Xoran, flotando en el espacio como en un mar transparente, volaba ahora sin ayuda sobre el palacio, observando cada habitación, buscando a Sora.

"Mira allí, sobre aquél lecho," le susurraron los esqueletos. En un aposento lejos de la algazara de las máscaras, se divisaba una pareja desnuda sobre una cama. De ella, a horcajadas cabalgando sobre el cuerpo de un hombre, amándolo, se veía tan sólo la espalda, pero esa espalda, esa piel, podía Xoran reconocerla entre mil otras.

"¡¡Soraaa...!! ¡¡Soraaa...!!"

Un aullido agonizante que reverberó sobre los muros y se rompió en las torres despertando ecos espectrales: "¡¡Soraaa...!! ¡¡Soraaa...!!"

Un remolino que se formó en el aire arrastró a Xoran hasta dejarlo junto al lecho donde yacían los amantes.

"¡Sora...!" sollozó el infeliz, "¡Sora, deja a ese hombre! ¡Ven conmigo!"

Ella, sin inquietarse: "¡Véte, chiquillo, me aburres con tu amor eterno!"

El hombre que se hallaba bajo ella lanzó una risotada que fue coreada por las carcajadas de los esqueletos: "¡Ja, ja ,ja ,ja! ¡Amor eterno! ¡Amor...! ¡Amor...! ¡Eternooo...! ¡Ja,ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja, ja...!"

Xoran sintió que una ira helada y terrible se adueñaba de su alma.

Asiendo el puñal que llevaba en el cinto, se abalanzó sobre Sora para clavárselo en la espalda, en ese cuello que adoraba, pero antes de poder ejecutar su terrible venganza todo se esfumó, tragado por un fuerte torbellino.

Después... Oscuridad.

Despertó sintiendo el roce de algo mojado y caliente sobre el rostro.

Abrió los ojos espantado, pero su temor se esfumó. El zorro que había librado de las ramas le lamía el rostro.

Levantó la cabeza percatándose con asombro que yacía junto al tronco, en el mismo lugar donde cayó dormido.

Una llamarada relució en el aire y el zorro desapareció dejando en su lugar un noble viejo de brillantes ropajes y larga barba blanca.

"Levántate, Xoran," dijo el mago, "Vuelve a tu país a consolar a tu padre que te tiene por muerto y busca una mujer que sea digna de ti."

Aun temblando bajo las emociones vividas, se levantó el muchacho del suelo para besar las manos del viejo.

"Gracias, noble mago" le dijo, "por mostrarme la realidad. Me has devuelto la vida y la felicidad."

Montó su caballo y volvió sobre sus pasos, en dirección a su reino donde fue recibido con grandes festejos.

Al cabo de unos días llegó una gran comitiva del reino vecino. A la cabeza de ella venía Mara, la bella princesa cuyo carácter dominante no le había dado reposo y había decidido venir a aclarar la situación de la proyectada boda.

Al verla Xoran que no había perdido el gusto de lo erótico y lo bello, olvidando todo lo pasado, se enamoró de ella perdidamente.

Las bodas se celebraron con gran pompa y el reino vecino fue pacíficamente anexado, lo que permitió al viejo sultán morir feliz algunos años después con la convicción de haber realizado en esta tierra todos sus deseos.

Mara era feliz de tener un esposo tan gallardo y valiente, Xoran de haber trocado a una ramera por una princesa aun más bella, y hasta las esclavas que languidecían en el harén cobraron felicidad, cuando después de un tiempo prudente, al estar Mara embarazada con su primer retoño, comenzó su amo a visitarlas y a practicar con ellas las artes del amor.

FIN

Copyright: Juan Enrique del Solar

77933 Lahr, Alemania

Noviembre 2011

xoan1810@googlemail.com

